

Rachel Ferguson

Las Brontë
fueron a Woolworths

Traducción del inglés de
Esther Cruz Santaella

 Siruela

Libros del Tiempo

*Para Rose Geraldine Ferguson
y para nuestro Horry,
de quien no sabemos nada y lo sabemos todo*

Cómo detesto esas novelas que tratan sobre un montón de hermanas. Suelen llevar títulos como *Juntas eran siete* o *Tres son multitud*, y una se pasa todo el rato tratando de distinguir las, musitando: «¿Era Isobel la que bebía, o era Gertie? ¿Y cuál fue la que se escapó con el *gigoló*, Amy o Pauline? ¿Y de quién se divorció Lionel, de Isobel o de Amy?».

Katrine y yo siempre nos estamos riendo de ese tipo de libros, y elegimos qué hermana ser cada una, y Katrine siempre intenta quedarse con la que bebe.

En una ocasión, una mujer que había asistido a una de las fiestas de mi madre me preguntó: «¿Te gusta leer?», lo que provocó un silencio sepulcral entre todo el mundo. Cómo explicarle a aquella mujer que los libros son como el baño o el sueño, o como el pan: necesidades básicas que una nunca se plantea en términos de aprecio. Nos quedamos allí esperando a que la señora nos dijese que tenía muy poco tiempo para leer, antes de cerrarle las puertas por siempre jamás. Entonces, Katrine la miró entre parpadeos y le respondió: «Sí, un poco», Y le preguntó si había leído lo último de Ruck¹ y si no le parecía un cuento precioso.

¹ Amy Roberta Ruck fue una escritora galesa que nació en la India en

Katrine es de lo más graciosa cuando quiere y constantemente se está riendo de la Escuela de Arte Dramático en la que estudia. Parece que el curso consista en rosquillas, encurtidos y charlas en el sótano, en decir «gu-a-u» en la clase de Producción de Voz y en derramar océanos de lágrimas por tener que hacer de Nodriz en lugar de Julieta en la función de fin de trimestre. La pobre Katrine está hartísima de declamar indecencias; siempre cuenta que, cuando alguien se pone pornográfico en las obras de Shakespeare, le asignan automáticamente a ella el papel. Confiamos en que esté bien preparada para cuando le toque actuar en comedias de costumbres en el West End. Madre y yo la sacamos a menudo de sus casillas cuando nos cruzamos de pronto y decimos:

¡Maldita sea! ¡Fuego tengo en las entrañas!

O bien:

¡Ay, las náuseas matutinas!... He perdido mi honra por ese patán grosero, por ese donjuán.

Una vez, madre no se dio cuenta y, teniendo invitados a cenar, se dirigió a Katrine así: «Bueno, bichito mío, ¿cuántas veces has perdido tu honra esta mañana?».

No es raro que nos planteemos qué será de Katrine en el futuro. Sospecho que un matrimonio, o giras que atraquen en el West Pier de Brighton. Parece que la mayoría de los estudiantes sigue uno u otro de esos caminos.

En el colegio, Katrine y yo sufríamos la fiebre del escenario mucho más que otros. Nos encantaban ciertos actores y

1878 y falleció en 1978. Entre otras cosas, escribió numerosas novelas románticas durante el siglo XX, muy conocidas en su época. *(Todas las notas del presente libro son de la traductora).*

actrices, así que la vida era una desgracia. En una ocasión, a Katrine la expulsaron de clase de Historia por besar una postal de Ainley y susurrar: «¡Mi amor!»². Y, conociéndola como la conozco, esa noche su martirio seguro que fue glorioso, con Henry debajo de la almohada.

Desde luego, a Katrine iniciativa no le falta. Hace un año, cuando andaba sumida en una pasión por un actor que vive bastante cerca de nosotras, abordó al muchacho por la calle, radiante, y le dijo: «Pero, bueno, ¿no me diga que no se acuerda usted de mí!». El actor se quitó el sombrero de fieltro y un guante y exclamó efusivamente: «Vaya, vaya, vaya... Qué maravilla». Katrine le recordó entonces, con todo lujo de detalles, la gira de *Dioses orientales* y (lanzándose) le preguntó si la obra no llegaba a término esa semana en Bradford, a lo que el actor respondió: «Menudo tugurio, querida». Pasaron a una perfecta orgía de charla profesional y, al despedirse, él le preguntó: «Por cierto, ¿cómo se llamaba usted?». Katrine le dijo su nombre de verdad, y el rostro del actor se iluminó antes de añadir: «¡Pues claro! Qué tonto soy. Bueno, hasta pronto, querida. Dele saludos a Birdie de mi parte».

Katrine era capaz de hacer ese tipo de cosas, si bien las tres (estoy segura de que Sheil también va por el mismo camino) averiguamos todo lo que se puede saber sobre la gente que nos encanta. Conseguimos pases de sus obras, seguimos su trayectoria, buscamos chismes y memorizamos anécdotas, además de estudiarnos fragmentos y de seguir sus movimientos por el país y, como suele pasar cuando de verdad una va en serio, a menudo contactamos en persona con sus amigos o socios empresariales, todos los cuales aportan una pizca o migaja de conocimiento que añadir a la pila. Katrine nunca había visto *Dioses orientales*, pero sabía

² Se refiere a Henry Hinchliffe Ainley (1879-1945), actor inglés de teatro y de cine, especializado en obras de Shakespeare.

más de la obra, y de cómo y por dónde iba, que la mitad del coro.

Por supuesto, el tema no se limita a los actores. Puede tratarse de cualquier persona. Y, mientras el asunto está «en marcha», no es ninguna broma. A veces, me entran remordimientos terribles. Es algo que te deja hecha polvo. En una ocasión, desesperada, Katrine me dijo: «¿Por qué tiene una que hacer todo esto?».

De hecho, incluso puede llegar a arruinarte las vacaciones de verano, por eso de marcharse y dejar a la persona en la ciudad, o irse con alguna obsesión que esté probablemente condenada. Hace años, Katrine y yo solíamos contemplar los baúles cerrados, listas ya para partir, y luego mirarnos la una a la otra, hasta que alguna preguntaba: «¿Lo tenemos claro?». Es decir, ¿iban a ser unas vacaciones sin perturbaciones fantásticas de la mente y, por tanto, un logro normal y corriente?

Algunas veces, nos topamos con algún conflicto que nos espera a la vuelta de la esquina, como el año del Arcaly, cuando de las dos se apoderó un deseo frenético de unirnos a la compañía de pierrots de la ciudad y casi lo logramos de pura concentración. Eso provocó que el regreso a Londres saliese fatal. Aunque aquello, al menos, lo compartimos. Además, nos llevamos a casa a Dion Saffyn, nuestro pierrot, y lo instalamos junto con su esposa y sus dos hijas en Addison Road, donde vivieron numerosos y duros altibajos. Y es que, poco a poco, se fue revelando que Saffy se había casado con alguien de una clase superior a la suya: una tal Mary Arbuthnot, hija única de un terrateniente de Somerset, y, cuando riñen, ella se convierte en una persona señorial, en una «condesa» y, en líneas generales, hace que Saffy se vuelva consciente de su posición.

De todos modos, las niñas son un encanto. Ennis diseña para un famoso modisto francés, y Pauline es secretaria en el despacho londinense de Saffy, quien nos llama a menudo

cuando a Polly le sale la vena Arbuthnot, y se apresura a visitarnos para que le demos todo el protagonismo. Se llama Dion Saffyn, y tiene dos hijas, a las que veíamos con frecuencia en el Arcaly, aunque a su esposa nunca le llegamos a seguir la pista.

Ojalá conociésemos a los Saffyn.

Creo que Katrine está saliendo de todo esto, pero yo no me veo capaz de liberarme en la vida.

Hace tres años, me pidieron en matrimonio. No pude aceptar a aquel hombre, por mucho que me gustase, porque estaba enamorada de Sherlock Holmes. Y es que la intensidad de los sentimientos que yo albergaba hacia Holmes y hacia su personalidad, hacia su mente, convertía por entonces a los hombres reales en sombras.

Después de todo, ¿no consiste la mayoría de los amores en adorar una idea o una ilusión? ¿No constituyen la carne y la sangre solo la mínima parte de todo eso?

Lo de Holmes ya se me ha pasado, aunque a menudo pienso que podríamos haber congeniado maravillosamente bien en Baker Street, pues yo no soy nada exigente, y me gustan bastante la ropa y los sillones viejos, el silencio, el tabaco y los vuelos imparciales de la razón pura.

Fue Katrine la que se molestó cuando rechacé a Stuart B. Se sentó en el borde de la bañera mientras yo lavaba unos guantes en la palangana y me dijo: «¡Ay, Dios mío, como yo tenga una hija! ¡Va a tener la cabeza como un lienzo en blanco!».